

**RECUERDOS DE NAVIDAD**

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

## RECUERDOS DE NAVIDAD

---

Me parece que se remontan á muchos años antes de la Revolución francesa los recuerdos de mis primeras fiestas de Navidad; y están representados por una gran cajallena de dulces acaramelados y de frutas secas, que todos los años nos enviaban de Turín unos parientes ya viejos. Veo, como al rasgarse una nube, en medio de la mesa

coronada por numerosa familia, aquella querida figura redonda, dividida en sectores multicolores con aquel papel guarnecido de encaje y aquellos lazos plateados y dorados, que me fascinaba como una caja llena de joyas, y que ha conservado entre los recuerdos de la niñez la misma importancia que tuvieron luego entre los recuerdos de mis viajes ciertas obras de arte famosas. Y cuanto más envejezco, aquella cajita maravillosa se agranda y adquiere una belleza inmaterial, se convierte casi en la imagen de aquella edad feliz, de aquella familia buena y contenta, de todas las esperanzas que entonces sonreían bajo nuestro techo. Y todavía hoy, á cualquiera á quien yo oiga, en cualquier momento, recordar las fiestas de Navidad, brilla delante de mi imaginación aquel tesoro, y siento la sacudida del placer con que metía dentro las manos.... antes de la revolución francesa.

\*

Luego la caja ya no vino más; los parientes viejos murieron, pero la fecha de Navidad tuvo otros goces: el de contar el dinero acumulado de los regalos que el padre dejaba en nuestra posesión por todo el día, el placer de palpar, de echar á rodar sobre el piso y sonar en la hucha aquellos pocos escudos honorarios, fantaseando compras principescas y locuras fastuosas, y el placer bastante más vivo de ir por la noche al teatro, á la inauguración de la temporada de la Opera, en la cual formaban las *masas corales* seis perros y seis gatas. Qué delicia el comer con aquel pensamiento, viendo bailar en torno de la mesa los fantasmas de Manrique y de Leonor, de Fernando y de la Favorita, con la boca abierta de par en par y los brazos por el aire, y engullir á escape la fruta, oyendo ya con el oído de la impaciencia el afinar de la orquesta, para echar luego á correr por la calle con el último dulce en la boca!

Oh, memorable noche de Navidad, cuan-

do cantó *Hernani* Toto Cotogni, entonces principiante, pero preconizado ya como gran artista, llovido por no sé qué favor del destino, sobre aquel modesto escenario de provincial Siempre volviendo á pensar en él, veo detrás del sombrero con plumas de Carlos V, el rostro de un viejo hermoso y honrado y el de mi buena madre, como aquella noche les ví, ambos á dos sonrientes de amorosa lástima al ver mi impaciencia febril, y me parece oír que dicen, mirando el reló:—Es pronto; pero vamos, vamos ya y diviértete, pobre hijo; es tu fiesta de Navidad.—Aquello quedó definido en mis anales domésticos, con el título: *la Navidad de Cotogni*.

\*

¡Qué Navidad tan desconsolada después, al volver por vez primera del colegio! El padre en cama hacía meses, como muerto; la familia con estrecheces, los hermanos

ausentes, la casa muda; un día de invierno cerrado y crudo que lo pasé llorando con mi madre, con sus manos entre las mías, hablando del pasado destruído, del presente infeliz y del porvenir oscuro; una comida silenciosa en aquella mesa un tiempo rodeada de semblantes tranquilos y regocijada con risas juveniles, solos nosotros dos en medio de tantos recuerdos, como sentados sobre un montón de ruinas. Ah, aquel beso dado al pobre viejo, todavía vivo, pero perdido ya, que reconociéndome con trabajo, pareció sorprendido de mi presencia preguntándome el porqué con la mirada, y después de haberlo oído, repitió como inconscientemente y con voz desconocida al hijo:—Navidad!... Navidad!—Cuán dolorosa sonó en mi corazón aquella alegre palabra, llena de tantos recuerdos adorables! Cuán tétrico y solemne me pareció al salir de allí el sonido de mis pasos por aquellas habitaciones vacías, en las que no había de volver á entrar nunca, y cuán fúnebre aquella no-

che en vela con la cabeza entre las manos, oyendo golpear la nieve helada en los cristales y los cánticos apagados ya de los horrachos del día de fiesta! ¡Qué tristísima Navidad!

\*

Al año siguiente una fiesta de Navidad ruidosa, entre cuatro cientos compañeros de armas, en inmensa sala, á donde subían los platos de las cocinas subterráneas, en un amplio torno, amontonados á centenares, y de donde una nube de camareros los distribuían volando en ocho mesas enormes que parecían preparadas para un gran banquete político. Aquel día había extraordinario; un plato de arroz indeterminado y un budín misterioso con salsa inescrutable: extraordinario superfluo para nosotros, ya atiborrados de pastas modenesas, de las cuales se hacía gran derroche en todas las fiestas, á las horas de salida. Qué her-

vor de alegría! Y nadie sentía envidia mirando los sitios vacíos de los compañeros que habían ido á sus casas, á los pueblos más próximos. Aun quedaba una compañía tan numerosa! Y luego que lo que se festejaba era nuestra Navidad, puesto que creíamos que con nosotros recomenzaba el mundo; y si no todo, Italia al menos: Italia que estaba toda ella representada en aquella caldera enorme de esperanzas guerreras, cuyos vapores daban fuerza de vino generoso al aguachirle de la Administración. ¡Qué inolvidable, viva y alegre Navidad!

\*

Un año después, una comida de Navidad en prisión, en una celda de cárcel, bajo los techos del palacio ducal del «Rogantino», con una mesucha por silla y por mesa, con las piernas ateridas envueltas en una manta de jerga, al resplandor de una luz mortecina y al ruido de la lluvia lanzada por el

viento contra los cristales de la ventana con rejas. Pero no hay estado por triste que este sea, que no tenga su consuelo, como dice Péllico en *Mis prisiones*. Me consolaba un pollo flacucho en el asador, y no por su propia virtud, sino porque era una prenda de leal amistad, un saludo en carne y hueso mandado al prisionero por los compañeros compasivos, por un sargento de guardia misericordioso, y llevaba en el vientre cinco cigarros Cavour, envueltos en una hoja de papel arrugada en la cual un amado Pí-lades mío, arriesgándose á entrar él también en chirona, había escrito con lápiz un dístico cortado, sacado de la *Antología*:

.....che dei provi è degno  
serbar nella miseria altera fronte.

que es digno de valientes  
guardar en la desgracia alta la frente.

Fué este el regalo más querido de Navi-

dad que yo he tenido, y aun cuando haya sido el más solitario y el más frío, no fué aquella la Navidad menos alegre de mi vida.

\*

Luego la primera Navidad de oficial, en el cuerpo de guardia de las cárceles de Messina, un agasajo nocturno á los camaradas, con los cuales por tradición debía ser *remojada* la primera guardia. Una pobre y desnuda habitación, pero perfumada de naranjos y mandarinas; un mezquino azafate de dulces, pero una noche encantadora; dos velas de sebo sobre tosca mesa, pero por la ventana abierta como si fuera verano, gozando la vista del puerto, brillante de luces, del mar plácido, de los montes de Calabria y del gran cielo estrellado. Y hubo sesión de poesía espontánea, ensayo de canto coral y discusión estratégica de un «plan» de guerra contra Austria; y después de expugnado el cuadrilátero, se bailó la

tarantela. Y qué embriagador era el malvasía aquel año! Tan embriagador que una hora más tarde del nacimiento del Redentor, acabada la fiesta, habiendo subido el capitán de guardia á preguntarme el santo y seña en presencia de los soldados en formación, por más que anduve buscándolo no lo pude encontrar, y así se lo confesé al oído confiando en su misericordia. Y el buen capitán me contestó también al oído: —Pase por esta vez, en gracia á que es su primera guardia y Navidad; pero que no le vuelva á ocurrir.—¡Ah, qué buenos eran el malvasía y los capitanes, y qué estrellada estaba la noche de Navidad de aquel año!

Tras de esta vienen navidades tristes de soltero, separado de la familia y del regimiento, amargado por el remordimiento de no haber podido hacer una escurribanda por Tarín y pasar las fiestas en casa; comi-

das envenenadas, engullidas casi á la fuerza en fondas pequeñas y solitarias, después de haber recorrido durante horas enteras la ciudad, como el desesperado que va en busca de un duro salvador, para encontrar á un amigo, á un conocido cualquiera, solo, lo mismo que yo y llevármelo á cenar conmigo; y buscar en vano el consuelo en la botella que producía una embriaguez triste, ó en la conversación mendigada humildemente á un vecino de mesa desconocido, á quien llegaba á hacerme sospechoso; y concluir la noche estúpidamente en un teatro lleno de gente alegre, ó flaneando por las calles desiertas, recordando con tristeza la dulzura de las navidades familiares, representándome á la madre ausente que quizá en aquel momento suspiraba con lágrimas en los ojos:—Por qué no ha venido?—jurando mil veces que jamás, jamás habría pasado una Navidad tan triste, de hijo desmemoriado y de perro abandonado.

Una Navidad extraordinaria en aquellos verdes años, no sé si diga celebrada en la soledad de mi cuarto, donde me encerraba hacía dos meses, como un anacoreta en una gruta, en un estado de excitación psíquica aguda, nacida del propósito de practicar un cierto ideal falso de perfección evangélica, del cual pensaba que habría de originarse una obra maestra de literatura mística que hacía tiempo bullía en mi cabeza; una extraña comida vegetal, casi aérea, conforme á mis nuevos principios, «consumida» con ciertos hechos y maneras graves de sacerdote en el altar, entre la tentación de una botella de Pomino que me había impuesto no beber y un mazo de cigarros que me estaba prohibido fumar: fortaleza heroica! Y luego la noche entera pasada en una especie de embriaguez lúcida de la imaginación y del sentimiento, alternando con meditaciones filosóficas, expansiones líricas y oraciones de mi invención, invocando la prueba de algún sacrificio sublime, jamás oído

en el mundo, en pro de la humanidad... Una fiesta de Navidad entre de santo y de loco, que, al recordarla, me hace sonreír de lástima; pero sin mezcla de vergüenza, porque ocurrió en una edad en la que se suelen hacerse muchas cosas más locas y bastante menos santas...

\*

Después vuelta á pasar las navidades en casa, recogidos y felices; una de ellas sobre todo, inolvidable: Navidad y Resurrección festejados todos juntos: la madre á quien habíamos creído perder, sentada otra vez á la mesa en ese día por primera vez después de larga enfermedad, en la cual nos había dado ya el último adiós: aquel semblante adorado, flaco todavía pero coloreado ya por la vida, embellecido por el gozo no esperado de volverse á encontrar entre los hijos; tan bello, tan dulce, iluminado por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DE AMICIS"

Abdo. 1925 MONTENEGRO, MEXICO



los rayos de la lámpara que excitaban las lágrimas temblorosas en sus ojos, allí donde ya nos habíamos resignado á no volverlas á ver más! No de la luz, sino de aquel rostro parecía salir la luz caldeada que llovía sobre nuestra frente, sobre nuestro pan, sobre nuestros vasos, con los cuales buscamos el suyo en el último momento en ademán de echar un brindis, que la emoción no nos dejó traducir en palabras. Una fiesta de Navidad semejante á aquella que celebramos hacía veinte años: ella rejuvenecida, nosotros niños, la casa resucitada, la vida que comenzaba con el ocaso del año, en una claridad de aurora.

Luego la Navidad en otra casa más hermosa y más querida que la antigua, regocijada por la sonrisa de una boca que no hablaba todavía. Nosotros tres solos, y pare-

cíame que enderredor de la mesa se sentaba una multitud ruidosa. Nevaba copiosamente; en la habitacioncilla sin embargo resplandecía la primavera, y era hermoso el invierno, y era alegre la nieve, y toda la casa olía á flores de esperanza y resonaba con dulces palabras y risas como en el bosque los trinos al salir el sol. Oh querida primera mesa de Navidad toda mía! Querida y santa memoria! Era aquel también un Mesías esperado, redentor del mundo para mi alma, porque persuadido ya casi á odiarle por la experiencia de sus tristezas, volvía otra vez á amarle, gracias á él que lo iluminaba todo con su mirada azul y lo llenaba con el blando soplo de su vida. Y al dormirse, no cesó la fiesta, porque todavía fué más dulce el hablar de él en voz baja para no despertarlo, echándole una mirada á cada palabra, y más íntimo y más querido aquel devoto recogimiento en derredor de la cuna, mientras sonaba sobre nuestras cabezas el ruido de la fiesta de los vecinos.

Pobre gente que festejaba la Navidad divina sin el pequeño Dios.

\*

Otra fiesta de Navidad también inolvidable después de una semana de ansias tremendas, en medio de los dos niños alicaídos, convalecientes de una escarlatina grave, pero ya alegres y vivarachos como antes. Habíamos temido en aquellos días, casi delirando, la suprema desventura, y decidido en nuestro ánimo no sobrevivirlos. La curación era la salvación de los cuatro. Fué una embriaguez de gozo. Ellos mismos quisieron que pusiéramos la mesa ya dispuesta entre las dos camitas, y arrodillados á las orillas y envueltos en mantas con los codos sobre el mantel, asistían riendo y jugando á nuestra pobre comida, mirándonos de hito en hito con la cara sorprendida, porque no comprendían el motivo de que nos riéramos como ellos y que corrieran por nues-

tras mejillas gruesas lágrimas. Alargaban sus manitas para enjugarnos los ojos, y nosotros se las cogíamos para cubrirlas de besos, y nuestra pobre comida que hubiera sido parca para dos obreros, parecían un banquete de príncipes festejando una victoria gloriosa. Y mirando por las vidrieras á las cien ventanas lejanas, pensábamos que en ninguna de aquellas cien casas se celebraba una Navidad tan tranquila, tan llena de emociones, tan beatífica como la nuestra!

\*

Siguieron después la serie de navidades del período mejor de la existencia, cuando todas las fuerzas han llegado á su madurez y el ánimo ha adquirido toda su gravedad y firmeza, cuando los hijos son jovencillos y en la casa tranquila se agita el trabajo y sonríe la fortuna; aquellas navidades celebradas con algún amigo del alma y de la

inteligencia, que vienen á ser como el epílogo gozoso de un buen año de laboriosidad, no perturbado por ningún grave tormento; aquellas fiestas domésticas, en que al placer de tener á nuestro lado antiguos amigos se une el de ver ante nosotros amigos nuevos, los propios hijos, que han abandonado la *pretesta* intelectual, que por primera vez, animados por el regocijo de la hora, entran en motivos nuevos de conversación para ellos, manifestando ideas y conocimientos inesperados, facultades de la mente no previstas y cualidades del alma que reflejan vuestra alma y una virilidad precoz de la razón; la cual os hace exclamar, pensando en su infancia de ayer:— Oh qué de prisa se han acumulado las navidades!— más sin pensar de que se hayan acumulado también para nosotros, que no querríamos tener ni una menos para no ver retrotraída ni un año siquiera el gentil florecimiento de su espíritu. ¡Oh hermosas y triunfales navidades, queridas fiestas de la familia joven y de la

vieja amistad, palpitantes de afecto y chispeantes de risas y de pensamientos, que han quedado erguidas en mi memoria como las cimas doradas de la vida!...

\*

Luego... ya no hubo Navidad y no la habrá más. Ahora se teme que llegue la fecha, y el día es uno de los más tristes del año. La cadena de recuerdos antiguos, sonrientes y melancólicos, mezclados aun estos últimos con cierta dulzura, se ha roto como herida por un rayo, y los postreros anillos penden sobre un abismo tenebroso. El nombre de aquella fiesta, que suena alegre al corazón de los felices como la nota de una campana matutina anunciadora de un día sereno, ha llegado á ser una amarga palabra de escarnio, que repugna el labio proferir y escribir la pluma. ¡Oh, que no sonría aquel día el sol, que por veinte años encendió sus cabellos de oro, y no caiga tampoco la nie-

ve, á quien festejaba su cándida juventud. Cubra la niebla la ciudad, y escóndala al mundo, fría y muerta como la mesa donde él ya no ha de sentarse más; y que no se acerque á mí, ni á traición siquiera, ninguna consoladora imagen; como no sea la imagen del alma negra y solemne, de la boca sin labios, que con un beso en los ojos nos seca el manantial de las lágrimas para siempre!

---

---

## EL CANTO XXV DEL INFIERNO

Y

ERNESTO ROSSI